

César, aun es temprano : la historia de los solitarios ha sido muy corta, y Vd. la ha acabado tan de repente, que no nos ha dado el tiempo de hacer alguna pregunta. — Es verdad, dijo Pulqueria, por ejemplo, desearia yo saber si la novena de Pascuala ha tenido efecto. — Sí, respondió la Marquesa ; aquel mismo año tuvo su bienhechora una hija, de la cual he de referiros un lance.

Esta preciosa niña tiene seis años y medio; todos los veranos los pasa en el campo. El año pasado encontró paseándose en el bosque de Montmorency á una niña muy pulida que su madre llevaba de la mano. La madre presentó una cestita de fresas á la jóven Princesa, la cual mirando de cerca á la chiquita, echó de ver que era ciega, cosa que la dejó muy admirada, porque la niña tenia los ojos abiertos y muy hermosos. Hizo varias preguntas á la madre, que le respondió que su hija no era ciega de nacimiento, pero que no tenia los medios precisos para llevarla á Paris á que la viesen los cirujanos. ¿Pues qué, dijo la Princesa, los cirujanos podrian volverle la vista? — Así dicen... — Pues bien, yo la llevaré á Paris cuando volvamos, le haré lugar en el coche á mi lado. Enternecida la aldeana echó á llorar, y las personas que acompañaban á la Princesa le dijeron que fuese al dia siguiente á verse con ella.

Conforme á la idea que la Princesa habia tenido por sí misma en fuerza del primer movimiento, se envió á la niña á Paris á casa de un oculista, que la tuvo todo el resto del verano y parte del invierno. A principios de este verano la jóven Princesa al llegar al campo tuvo un gran gusto cuando le presentaron la niña perfectamente curada. ¿Con que ya no eres ciega? le dijo. — No, señora. — ¿Estás muy contenta? — Seguramente, porque podré trabajar. — ¿Y leer? — ¡Oh! yo no sé leer. — ¿Pues cómo, si eres mas grande que yo, y yo leo bien? — He estado ciega dos años... — Es verdad, pero ahora que ves bien, puedes aprender. — Mi madre no tiene dinero para enviarme á la escuela... — ¡Pobre chiquita!... ¿Quieres que yo te enseñe á leer? Si quieres te daré una leccion cada dia. Creyendo la niña que la Princesa se burlaba, se echó á reir. Insistió la Princesa, y una de las personas que estaban con ella dió á entender que desaprobaba esta resolucion. Considere Vd., señorita, le dijo, que una maestra necesita de mucha paciencia. — Yo la tendré. — Esto quizas durará mucho tiempo... — Estoy cierta que no me cansaré; yo leia de corrido al cabo de quince lecciones. — Es cierto; varios

niños con el método que se ha empleado para Vd. han aprendido á leer en el mismo tiempo; pero si *Naneta* tiene la cabeza muy dura, y no emplea mucha aplicacion, quizas se necesitarán tres meses de leccion. — ¿Estaremos aquí tres meses? — Sí, señora. — De ese modo *Naneta* tendrá bastante tiempo para aprender; y ahora voy á darle la primera leccion.

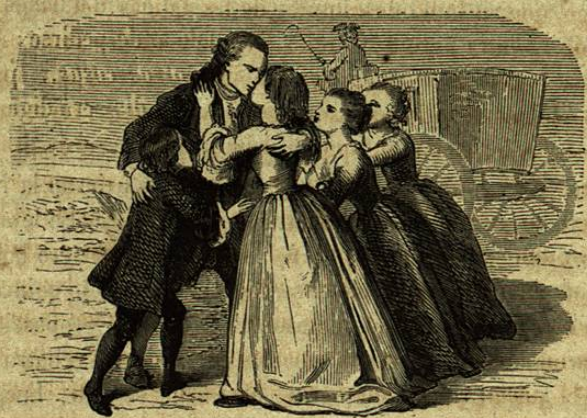
Diciendo esto la amable niña va á buscar el libro y la caja de las fichas, hace sentar á *Naneta* delante de ella, y con tanta dulzura como gracia é inteligencia, le da una larga leccion. Al irse *Naneta* se convino que volveria cada dia á la misma hora.

Aunque *Naneta*, como se habia previsto, no fuese muy aplicada, no por eso se cansó su maestra : acabó lo que habia emprendido con una paciencia y perseverancia sumamente extraordinarias para su edad. Era un espectáculo delicioso verla dar su leccion, enseñando con su manita las figuras y las palabras, reprendiendo en voz baja, alabando en alta voz, animando á su discípula, prometiéndole premios, y cuando leia bien, mirar á todos los presentes como para recoger sus votos. Finalmente, ántes del fin del verano *Naneta* supo leer tan bien como su jóven bienhechora, que le dió muchos juguetes, libros, y un hermoso vestido, diciéndole al despedirse : *A Dios, Naneta, el verano que viene te enseñaré otras cosas..* ¡Oh qué preciosa Princesita, exclamó Pulqueria; algun dia será digna de su madre! Con esta reflexion se dió fin á la velada.

Ántes de acostarse pidieron los niños, y obtuvieron la licencia para ir el dia siguiente á vendimiar á casa de *Benito*. Se levantaron mas temprano de lo acostumbrado para ver si el cestero habia enviado todo lo que se le habia encargado hacia mas de quince dias. Á las ocho de la mañana les llevaron cuatro cestos proporcionados al cuerpo de César, de sus hermanas y de Agustín, cuatro cestas con asas, y cuatro pares de tijeras para cortar las uvas. Luego que se comió fueron á pié hasta la viña de *Benito*, que estaba média legua de la Quinta : se convino en que estos peones auxiliares trabajarían dos horas á cuenta de *Benito*, que luego merendarian con los vendimiadores, y que despues cada cual llenaria su cesta, las cuales se enviarían á la Quinta en un carro. Todas estas convenciones se observaron con igual alegría y exactitud. *Benito* dió el glorioso testimonio de que los niños de la Quinta habian trabajado mejor que

los suyos : en fin, todo el dia se pasó con mucha alegría y contento, y al anochecer tomaron el camino de la Quinta.

Al llegar á Champcery, César, que se habia adelantado, entró el primero en el patio de la Quinta. Ve á todos los criados apiñados al rededor de un hombre á caballo que acababa de llegar; oye que todos hablan á un tiempo, repitiendo el nombre de su padre; César se precipita hácia el grupo, y le hacen lugar gritando : *El señor Marques está á média legua de aquí.* César lleno de gozo se adelanta : apéase el hombre, que era el ayuda de cámara del Marques; el primer movimiento de César es arrojarle á sus brazos llorando de alegría. En esto llegan la Marquesa y sus hijas; la madre y los hijos se abrazan mil veces : hacen mil preguntas al criado; mandan poner el coche, los niños van á la caballeriza á dar priesa á los cocheros; entran en el coche ántes que los caballos estén puestos, en fin ya salen... Al cabo de un cuarto de hora para el coche, todos se precipitan hácia las portezuelas, y el padre de familia el mas querido, se vuelve á ver despues de un año de ausencia en los brazos de su esposa é hijos.



En el poco tiempo que estuvieron en el coche hasta llegar á casa no pudieron el marido, la mujer y los hijos expresar lo sumo de su gozo sino con lágrimas y tiernos abrazos. La noche era oscura, y no tenían hachas de viento, por lo cual era grandísimo el deseo que tenían todos de poderse ver. El instante en que se entró en la sala de Champcery dobló la alegría y el enternecimiento : no se cansaba

el Marques de mirar á César y á sus hermanitas. ¡Qué padre despues de una larga ausencia no halla sus hijos mas hermosos! El Marques admiraba lo robustos y crecidos que estaban los suyos. Por otra parte su mujer é hijos advertian con inexplicable satisfaccion que las fatigas de la guerra no habian causado ninguna mudanza en la persona del Marques, y que gozaba de la mas cabal salud.

Nadie se acostó hasta la média noche, y al dia siguiente los niños despertaron ántes de amanecer, porque la impaciencia que tenían de volver á ver á su padre no les habia dejado cerrar los ojos en toda la noche. En tanto que se almorzaba, el Marques avisó que sus negocios le precisaban á volver á Paris, y que se marcharia de Champcery dentro de dos dias : esta nueva affligió á la familia menuda, y el Marqués consoló á sus hijos, asegurándoles que estaba determinado á pasar todos los años seis meses en Champcery. César y sus hermanas no pudieron abandonar la Borgoña sin verter algunas lágrimas. El dolor de Agustin al apartarse de su padre, su madre y de Colasito fué extremo. Por último se partió tristemente. Durante el viaje se disipó la tristeza de los niños, y cuando llegaron á Paris ya estaban todos alegres y contentos.

Luego que se hubo descansado de las fatigas del viaje, la Marquesa de Clemira llevó á sus hijos á ver la Comedia Francesa. Á la vuelta se habló de la pieza que habian visto, y César manifestó muchos deseos de que su madre le diese algunos preceptos generales acerca del modo con que se debe juzgar una obra dramática. Aun eres muy jóven, le respondió su madre, para que yo pueda satisfacer tu curiosidad en este punto : tengo formado el plan de una obra que haré seguramente para mis hijos, y cuyo título será : *Curso de literatura para el uso de los jóvenes*; la leerás cuando tengas diez y seis ó diez y siete años : verás despues la poética de Mr. Marmontel, obra tan útil como estimable, y que acabará de formarte el juicio, proporcionándote los medios de hacer una crítica justa. — ¿Cuántos tomos tendrá su obra de Vd.? — Tres á lo mas. — ¿Y será divertida? — No omitiré medio alguno para que sea tan agradable como vária en cuanto me sea posible; porque creo firmemente que no se puede instruir á la juventud causándole enfado ó tedio. Me aplicaré principalmente á daros principios sacados de la naturaleza, nociones claras y precisas, ideas justas y un conocimiento general de la literatura francesa, inglesa, italiana y española.

Al acabar la Marquesa estas palabras llegó el coche á la puerta; al punto se cenó, aunque con mucha tristeza, porque todos se quejaban de dolor de cabeza. Ya no tenían César y sus hermanas aquel apetito que hacia tan alegres las comidas de Champcery: todo era bostezar y apoyarse con languidez en sus sillas: apénas comían, y convinieron en que no era bueno ir todos los dias á encerrarse tres horas enteras en un aposento, y que preferirian siempre á la función mas brillante del mundo los placeres tan dulces que producen el paseo, la lectura y la conversacion. Se paseaban tambien en Paris, mas era en los jardines de las Tuilleries, del Palacio Real ó Campos Eliseos. Como era menester ir con modo, se echaban de ménos los bosques, las praderas de Borgoña y la amable libertad que en ellos se disfrutaba. César criticaba amargamente cuanto veía. ¡Qué polvo! exclamaba, ¡qué tropel de gentes! Y todos parece que no se han juntado aquí mas que para estorbarnos é incomodarnos; no puedo correr, ni subir á los árboles... ¿De qué sirven estos estanques de agua detenida en comparacion de nuestro lago de Faulin, en donde pescábamos tantos peces? En vez de los cercados que teníamos allá de morales y avellanos, no se ven aquí mas que tapias y rejas: ¡aun si se viesen plantas y flores! ¡Oh qué jardines tan tristes! ¿Cómo hay personas que quieran encerrarse en Paris todo el año, pudiendo vivir en el campo?...

Oía la Marquesa estas quejas y las aprobaba viendo que eran fundadas, pero llevó á sus hijos al jardin del Rey, que les pareció mas instructivo y casi tan agradable como los bosques de Champcery. El estudio de la Botánica y de la Historia natural hizo este paseo tan agradable, que no quisieron en lo restante del otoño ir á ninguna otra parte. Vino el invierno, y con él se renovaron las quejas; se acordaban los niños suspirando de los estanques helados de Champcery, de las escurridas sobre el hielo, y sobre todo de las veladas; gustos de que actualmente se veían privados. Los bailes no compensaban bastante esta privacion, porque servian de poca diversion, y casi siempre volvia alguno de ellos malo. En el mes de Enero tuvo Carolina un constipado acompañado de una tos tan violenta, que fué preciso separarla de su hermana, porque no la dejaba dormir. Se la puso en otro cuarto, y Pulqueria se quedó sola en el suyo.

Al cabo de cinco ó seis dias supo la Marquesa de Clemira que Pul-

queria, á pesar del frio riguroso que hacia, no habia querido que se encendiese fuego en su chimenea desde que su hermana habia pasado á otro cuarto. Extrañando la Marquesa este capricho, procuró inquirir la causa preguntando á todos los criados. El que estaba encargado de repartir en los cuartos la leña, declaró que la señorita Pulqueria le habia mandado que pusiese la que llevaba por las mañanas en el armario que habia en la antesala, y que él no habia preguntado la causa de esta novedad, creyendo que lo hacia de acuerdo con la señora. La aya de las dos niñas cuidaba de Carolina y no habia entrado en el cuarto de Pulqueria, á quien asistia una aldeana que se habia traído de Champcery, la cual, habiéndosele preguntado tambien, respondió que la señorita Pulqueria habia asegurado que el fuego le hacia mal á la cabeza, y que queria acostumbrarse á pasarse sin él. Despues de haber tomado todas estas informaciones subió la Marquesa al cuarto de Pulqueria (eran las diez de la mañana): primeramente registró el armario de la antesala, y lo halló sin leña alguna; entónces entró en el cuarto de su hija. Pulqueria relataba algunos versos paseándose muy apriesa por el cuarto para entrar en calor, y Gertrúdis, la aldeana de Champcery, sentada en un rincon hacia calceta. Luego que Pulqueria vió entrar á su madre se puso colorada. ¿Por qué razon, hija mia, dijo la Marquesa, estás sin fuego? — Mamá, no hace mucho frio... Entónces la Marquesa se sentó, y mandó á Gertrúdis que se fuese. Despues tomando á Pulqueria de la mano: Ahora, le dijo, me vas á hablar con toda confianza, así lo creo... — Mamá mia, voy á confesarle á Vd... pero quizas habrá ya adivinado lo que es... — Tengo algunas sospechas confusas... — Pues ahora lo sabrá Vd. todo. Habrá siete ú ocho dias que oí contar á mi aya que una pobre mujer que vive en nuestra calle habia venido á pedir limosna. Mi aya se la dió, y despues ha estado una vez en su casa para llevarle pan; á la vuelta me dijo que aquella pobre mujer deseaba trabajar, pero que no tenia en qué emplearse, y lo que es mucho mas doloroso, que no tenia fuego para calentarse. Añadió mi aya que le buscaria obra, y yo pensé que si podia por mi parte darle leña ya no le faltaria nada. No quise decirselo á Vd., mamá, porque tenia ya mi proyecto formado. Sabia yo que mi hermana debia mudarse á otro cuarto, y me dije á mí misma: Esta es buena ocasion de hacer como Sidonia una buena acción que nadie la sabrá, se la ocultaré á todos, y aun

á mamá. Como todo se sabe con el tiempo, tarde ó temprano se lo dirán, y mi accion le será mas grata por esto mismo; entre tanto Dios lo sabrá, y la pobre mujer tendrá fuego para calentarse. Esta reflexion me determinó á pasarme sin fuego por las mañanas. De esta privacion me resultaban tres troncos: dije al criado que los pusiese en el armario de la antesala, lo que él hacia todas las noches para ahorrarse el trabajo de traerlos por la mañana. Entónces me vi precisada á confiarme á Juana la moza de retrete. Al principio puso alguna dificultad, pero yo le aseguré que esto no podia enfadarla á Vd., sino todo al contrario. Entónces me declaró que si Vd. le preguntaba diria la verdad, pero que si no, callaria: no pedia yo otra cosa... — Y bien, ¿se ha encargado de llevar la leña á la mujer? — Sí, señora, todas las mañanas... — ¿Pero cómo le han dejado salir de casa cargada así con tres troncos? — No lo sé, nunca he pensado en ello. En efecto, el portero debia extrañar... Sin embargo, es preciso que nunca le haya preguntado nada, puesto que no me lo ha dicho. — Aquí hay algun misterio que ignoramos. Pero volviendo á ti, ¿has sentido mucho frio? — Bastante los dos primeros dias; pero pensaba que la pobre mujer se calentaba con sus hijos, porque tiene seis, y su marido estaba malo en cama.



Al ora están todos buenos, segun me ha dicho Juana. — ¿Cómo es posible con tres pedazos de leña? — Sí, señora; Juana me ha dicho que eso les ha hecho revivir, y que ahora están muy bien. Ademas

de la leña he enviado á sus hijos dos cajas de dulces que papá me regaló; y aun no es todo: ántes de ayer, no sé por qué casualidad, le dió gana á papá de preguntarme si deseaba tener algun dinero para comprar juguetes. Al pronto le respondí que no: despues me acordé de la mujer y me puse colorada. Papá me abrazó y me dió un luis, diciéndome todo lo que podria comprar con él. Si he de decirlo todo, tuve deseo de emplear seis libras en comprar una almohadilla y algunos acericos, y con esta idea volví á mi cuarto muy pensativa. Hice cambiar al instante mi luis, y tuve entónces cuatro escudos: guardé el uno en mi faltriquera, di los otros tres á Juana, diciéndole que se los llevase á la mujer, y añadiendo que al dia siguiente la enviaria á comprarme la almohadilla y los acericos. Con esto se fué: yo saqué mi escudo de la faltriquera y me daba pena el mirarlo... Como al principio habia destinado el luis entero á la pobre mujer, me parecia que me quedaba con una cosa que ya no era mia. Corri á la escalera para volver á llamar á Juana, pero ya habia salido, y no volvió hasta ayer por la mañana. Desperté muy temprano pensando en los acericos y en la mujer... Estaba muy dudosa, pero finalmente reflexionando que aquel luis era el primer dinero que habia tenido en me vida, me dije: Es preciso emplearlo enteramente en una buena accion: esto me determinó del todo. Volvió Juana, y la envié á casa de la mujer con la leña y el escudo. Acababa Pulqueria su relacion cuando entró un lacayo en el cuarto, y adelantándose hácia la Marquesa le entregó una carta. Mirando esta el sobrescrito dijo á Pulqueria: Esta esquela es para ti, será sin duda algun convite de baile. Diciendo estas palabras abre la carta, y lee lo siguiente:

« Señorita: Venga Vd. á recibir el premio de su bondad para con nosotros; venga Vd. á saber la triste situacion de que nos ha librado. Nada falta á nuestra felicidad actual mas que tener por testigo de ella á la persona á quien la debemos: no podemos manifestar nuestro agradecimiento á nuestra jóven y querida bienhechora de otro modo mas que haciéndole ver lo interior de una familia que le debe toda su felicidad. »

¡Ah Mamá! exclamó vivamente Pulqueria: ¿tendria Vd. la bondad de llevarme á ver esa pobre gente? — Con mucho gusto, respon-

dió la Marquesa. Al punto mismo hemos de ir allá : voy á decir que pongan el coche; ven, querida hija mia. Entónces tomando á Pulqueria de la mano sale con ella. Cuando ya iban á salir se encontraron con el Marqués. ¿Adónde vais? les dijo; si por casualidad queréis salir, ahora acabo de llegar, y aun está mi coche á la puerta... — Pues vente con nosotras, le respondió su mujer. Entónces el Marqués, sin preguntar adónde iba, le dió el brazo, y Pulqueria los sigue con una conmocion inexplicable. Entran en el coche, marchan, y al cabo de cinco minutos se apean : atraviesan un patio, el Marqués abre una puerta, y entran en un cuarto capaz. En medio de él ven á un guarnicionero trabajando en su oficio en tanto que una mujer arrimada á una mesa, y rodeada de seis niñas, la mayor de diez años, cosia ropa blanca. Luego que entró el Marqués, toda la familia se puso en pié. Acérquese Vd. acá, señora *Leblanc*, dijo el Marqués, aquí tiene Vd. á Pulqueria... Al oír estas palabras, la mujer y el marido se precipitaron hácia Pulqueria, y todas las niñas la rodearon. ¡Oh señorita mia! dijo enternecida aquella mujer, qué gusto tengo en ver á Vd...! ¡Cómo, tan niña y tan delicada se ha querido Vd. privar de fuego, y padecer frio para enviarnos su leña, y despues su dinero, y despues sus dulces, en fin todo aquello de que podia disponer!... Pero vea Vd. ahora lo felices que somos... Mi marido está ya curado y se ha puesto al trabajo desde ayer; nuestras deudas están pagadas, nuestras hijas bien vestidas, podemos trabajar, nada nos falta : Vd.; Vd. sola es la causa de nuestra felicidad, porque sin su bondad para con nosotros nunca nos hubiera conocido su señor padre! — ¡Ah papá! interrumpió Pulqueria, ¿con que Juana se lo habia contado á Vd. todo? — Desde el primer día, respondió el Marqués : yo mismo he traído en mi coche varias veces á la señora *Leblanc* la leña que tú le dabas; pero habia prohibido expresamente á Juana que hablase de esto á tu madre, ó que te hiciese sospechar que yo lo sabia, porque mi intencion fué desde luego daros un gusto inesperado. Despues de esta explicacion el Marqués de *Clemira* recibió tiernos abrazos de su mujer é hija, y luego se siguió hablando con aquellas pobres gentes. Al cabo de média hora se levantaron para irse, lo cual visto por las niñas al punto fueron á búscar una caja de carton, y la de mas edad presentándosela á Pulqueria le rogó que la aceptase, diciendo : Esta es nuestra obra; mi madre, mis hermanas y yo, todas hemos trabajado

en ello... ¡y con qué gusto! Abre Pulqueria la caja y se halla con una almohadilla muy primorosa, y média docena de acericos sumamente pulidos. Al verlos se puso colorada, y volviéndose hácia su padre le dijo : En verdad, papá mio, que ya se me habian olvidado... pero los recibo con sumo gusto por ser obra de esta buena mujer y de sus preciosas niñas. Al acabar estas palabras, enternecida Pulqueria abrazó á toda la familia, renovándose sus lágrimas cuando al irse oyó las bendiciones que toda ella le daba.

¡Mi pobre Carolina! exclamó Pulqueria al entrar en el coche, cuánto siento que su resfriado le haya impedido de participar de la alegría que yo acabo de disfrutar!... Mamá, prosiguió Pulqueria, ahora que estoy acostumbrada á pasar sin fuego, ¿me permitirá Vd. dar todos los inviernos mi leña á los pobres? — No por cierto, porque no quiero que formes una obligacion que con el tiempo podia parecerte demasiado penosa : ya te he dicho, y ahora vuelvo á repetir, que las resoluciones que exigen una valerosa perseverancia no se han hecho para tu edad; pero si quieres renovar todos los inviernos la accion que acabas de hacer, esto es, pasarte sin lumbre una semana para aliviar á una pobre familia, te lo permitiré con mucho gusto. — Esto es hecho, desde ahora me impongo esa obligacion de muy buena gana... Otra idea me ocurre... ¿No podria tambien privarme de tiempo en tiempo con el mismo objeto del vino que bebo á las horas del comer? — Es tan poco lo que bebes, que seria menester mucho tiempo para que pudieses juntar una botella. — Cuando sea grande como Vd., mamá, ¿cuánto beberé en ocho días? — Tres botellas, ó á lo mas cuatro. — Aun cuando no fuesen mas que tres, este regalo daria gran gusto á cualquier pobre enfermo. — Seguramente, tres botellas de buen vino serian para él un regalo tan saludable como precioso. — Si cada mes me pasase ocho dias sin vino, creo que estaria mejor. — Ademas de que esa privacion nada tiene de penoso. — De modo que sin ser rico se pueden hacer muchas limosnas. — Sin hacer gastos extraordinarios se podria en el discurso del año socorrer á una infinidad de infelices, con solo querer imponerse de tiempo en tiempo algunas ligeras privaciones, ó rehusarse alguna superfluidad. Debes observar tambien que una privacion momentánea siempre nos previene un gusto muy vivo; por ejemplo, tú te pasabas sin fuego desde las siete de la mañana hasta la una del dia; ¿no es verdad que cuando bajabas

á la sala sentias un gusto, que á buen seguro no hubieras tenido si hubiese habido fuego en tu cuarto? — Es muy cierto : lo restante del dia me calentaba yo con sumo gusto ; solo el ver un buen fuego me inspiraba una alegría extraordinaria. — Ya ves, pues, que en esto el interes mismo de nuestras conveniencias se conviene con la beneficencia, y no hablamos de aquel placer tan dulce preferible á todos los demas ; de aquella inexplicable satisfaccion que acabas de disfrutar, y que será siempre el fruto feliz de una accion virtuosa... — ¿Cómo es posible que haya personas que no conozcan esto? — Porque es muy cierto que la vanidad y el gusto del fausto corrompen muchos corazones ; con todo, aun en las ciudades ricas, en donde el lujo ahoga y destruye tantas virtudes, se pueden hallar todavía grandes ejemplos y modelos hechos para gloria de nuestro siglo : las solas *limosnas anónimas* remitidas á los diferentes curas de Paris, componen inmensas cantidades : no hay mes en que una multitud de artesanos infelices, presos por deudas, no deba á personas desconocidas su libertad y la ventura de volverse á ver en el seno de sus familias desconsoladas. La beneficencia ha establecido premios en todas las Academias ; ha formado en Paris y sus cercanías varios establecimientos útiles y respetables : todo esto puede hacerte conocer cuán natural es al corazon del hombre esta virtud, puesto que la vemos brillar tanto en aquellos parajes mismos en donde está continuamente combatida de todas las pasiones facticias y pueriles, hijas de una vanidad tan despreciable como mal entendida.

Con esto dió fin la Marquesa á su conversacion, porque queria ir á saber cómo estaba Carolina. Pasó, pues, con Pulqueria al cuarto de la enferma, y halló que se le habia aumentado mucho la tos. Confesó Carolina que habia comido un puñado de guindas secas, ignorando del todo que pudiese aumentársele la tos comiendo una cosa que sabia ser sana. La Marquesa aprovechó esta ocasion de repetir á sus hijos cuán conveniente es conocer las propiedades de todo lo que sirve á nuestro alimento ; conocimiento que junto con la sobriedad nos preservaria de una infinidad de achaques y enfermedades graves.

Algunos dias despues de esta conversacion, una mañana entró César en el cuarto de su padre con un papel en la mano. Papá, dijo, vengo á hacerle á Vd. algunas preguntas sobre una cosa que me

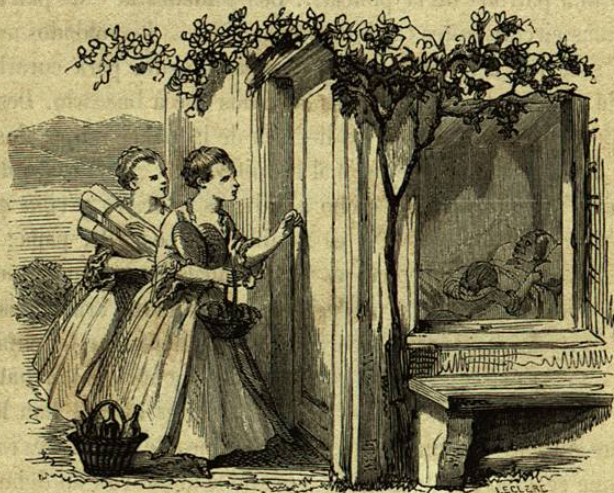
parece extraordinaria ; aquí traigo el diario de Paris... — ¿Y bien? — El Señor abáte me lo hace leer siempre que hay algun rasgo de *beneficencia*. — Debes, pues, leerlo muy á menudo, porque apenas se pasa dia sin que se lea en letras gordas *BENEFICENCIA*. — Sí, señor ; y eso mismo es lo que me enfada. — ¿Pues por qué? — Este título anuncia una bella accion, pero en este diario rara vez se cumple lo que promete... Tome Vd., papá, y lea despues de la palabra *beneficencia*. — Ah, parece una historia muy larga... — En efecto, ocupa la mitad del diario. ¿Quiere Vd. que yo se la cuente? — De buena gana. — Este es el caso : Una pobre costurera tenia una rejilla ó maridete á los piés, y se quedó dormida. Algun tiempo despues entró alguno en su cuarto y la halló moribunda : *sus vestidos estaban ardiendo, y apenas conservaba figura humana*... Llegó entónces una patrulla de la policia... Los soldados de esta patrulla y los demas circunstantes estaban *enternecidos*... los soldados ayudaron á socorrer á la enferma. Un cirujano pedia para curarla un poco de aceite y vino ; uno de los soldados fué á buscarlo. Despues de haber el cirujano curado las heridas de la pobre mujer, los soldados de la patrulla la llevaron al hospital... — ¿Y el rasgo de beneficencia? — Ya se lo he dicho á Vd., es *el aceite y vino que el soldado fué á buscar*. — No es posible. — Lea Vd., papá ; aquí está el Diario<sup>1</sup>. — En efecto es lo que dices sin quitar ni poner ; pero es preciso leerlo para poderlo creer. — Como era preciso ser inhumano y feroz para no socorrer aquella infeliz, me ha enfadado el ver que se alabe con tanta ponderacion una accion tan natural, dando el nombre de benéficos á unos hombres que no han hecho mas que cumplir con una obligacion indispensable. — Tienes razón, aquel que se cree sugeto heroico cuando cumple con su deber, jamas llegará á ser verdaderamente virtuoso : si todos nos conviniésemos en dar el nombre de beneficencia á lo que en sí no es mas que humanidad, en breve no habria ya beneficencia en el mundo...

Á este tiempo entró en el cuarto la Marquesa con sus hijas ; almorzaron todos juntos, y despues salieron para ir á ver algunas colecciones de pinturas y de historia natural, recreacion que la Marquesa proporcionaba á sus hijos dos veces á la semana. Para variar

<sup>1</sup> *Diario de Paris*, núm. 340. Sábado 6 de Diciembre de 1785

estos recreos instructivos se visitaban de cuando en cuando las manufacturas y monumentos célebres de arquitectura.

Queridos hijos míos, decía la Marquesa, cuando viváis en las ciudades, si queréis ser felices y nunca padecer tedio, no os entreguéis á la vana disipacion, que no podria ni llenar vuestros deseos, ni aun ocupar vuestra imaginacion; nunca os dejéis corromper por el gusto vano y despreciable del fausto y de la magnificencia; conservad, fomentad con cuidado en vuestros corazones aquella activa y tierna compasion debida á los desgraciados. Desde el seno del lujo pensad que hay un sinnúmero de infelices oprimidos de miseria, á quienes un corto socorro podria librar de la muerte. Ya tenéis por experiencia una idea de la felicidad tan pura que os espera en sus casas; id



á buscarlos : alargadles una mano benéfica, disfrutad de la gloria deliciosa de presentarles la imágen de la Divinidad, y de hacer que á los horrorosos gemidos de la desesperacion se sigan los enajenamientos de la alegría inesperada y las dulces lágrimas de la gratitud. Finalmente, en la capital en donde habitáis, y en la cual la emulacion y el genio, bajo mil formas distintas, producen incesantemente portentosos adelantamientos, cultivad vuestro talento, extended vuestros conocimientos, amad las artes á fin de poder disfrutar de esa multitud de cosas apreciables que el ignorante desprecia porque no

conoce; mas no sean parte estas ocupaciones instructivas y variedad de recreos para haceros perder la feliz inclinacion á la vida del campo : jamas se borre de vuestros corazones la memoria de las veladas de Champcery, y la inocencia y encanto de los gratos placeres que la naturaleza ofrece.

FIN DE LAS VELADAS DE LA QUINTA